

# Lo que hemos leído

Alejandro Chirino Castillo

*Traductor*

Para J

**H**ace años asistí a un evento de lectura en voz alta de cuentos de escritores canadienses leídos por ellos mismos, convocado en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. No es algo que suelo hacer; me parece que es la única vez que he ido a tal evento. Prefiero leer a otros a que me lean a mí. Disfruto leer en voz alta a los demás, y mi fe está puesta en el dicho “lo bueno, si ajeno, dos veces bueno”; pero mi disfrute es menor cuando escucho a alguien leer en voz alta (me distraigo pensando cómo enfatizaría aquel verbo yo, cómo alargaría la pausa o la recortaría; cosas de pedantes), y no hay nada más ofensivo para un escritor que el que lo lean a uno como si un favor nos estuviesen haciendo. Cuando envío un texto a una revista, lo envío no para que lo lean: lo envío para que lo publiquen. La arrogancia debe establecer bien sus prioridades, de lo contrario sufre humillaciones continuas.

A este evento de cuentistas canadienses, pues, asistí con un amigo cercano: J. Él también es escritor, quizá el más grande poeta de nuestra generación, aunque su breve obra permanezca aún inédita y la mayoría esté por escribirse. Su obra maestra es la que nunca escribirá. Es posible que en esta condición de inexistencia resida la grandeza de su poesía; un poeta desconocido aún puede saberse bueno o malo ya que cuenta con un lector —ella o él mismo—, de modo que no puede escapar del juicio estético: demuestra que uno puede muy bien ser juez, y parte sin que por eso entre inerme o salga ileso. Un poeta que no escribe nunca sube al estrado, pero J sí ha escrito poesía, en verso y prosa; me consta, porque he leído los dos o tres textos que él me ha procurado, varias veces y con el hondo fervor de quien presencia algo inmenso, un milagro o un cataclismo, pero que no puede compartirlo con nadie más excepto como testimonio, como impresión de segunda mano. J no precisa de escapar al juicio estético; está más allá de esa vanidad. Lo

que ha escrito es una poesía inefable; de lo que no ha escrito pueden decirse aún algunas cosas.

Y de lo que J ha leído puede decirse todavía más, y acaso sea un tema de mayor interés. Yo mismo sé una o dos cosas a este respecto, porque hemos compartido lecturas lo mismo que caguamas. Y, siendo él el gran poeta de nuestros tiempos, es fuerza que también sea el gran lector de nuestra época. Es minucioso sin ser pedante (yo soy pedante sin ser minucioso), tiene una curaduría esmerada (yo leo hasta el contenido nutricional del agua embotellada) y posee un don para vincular magistralmente libros y temas que, a primera vista, no tendrían relación alguna (los libros, como los hombres, son para mí islas). Pero más impresionante es lo que recuerda de ellos: detalles quirúrgicos que uno solo podría notar si tuviera el libro enfrente, muy de cerca, casi con intimidad. Si mal no recuerdo, alguna vez me dijo que el gran lector es quien tiene una memoria impresionante, pero el gran escritor es un desmemoriado. Me dijo que la mente del gran escritor se asemeja por necesidad al movimiento de la mano durante el bordado, que repite un mismo gesto, preciso y perpetuo, pero solo uno en un momento, y en este gesto no está inscrito el gesto anterior ni el gesto siguiente; sin embargo, la mente del gran lector es como un gran centón, cuya urdimbre, visible toda de una sola mirada, tejida sin holgura ni estrechez, tensa cada hilo de lectura para que irise y deje respirar la piel de las asociaciones. Y no creo que, al decir eso, se haya rebajado al propio encumbramiento. Pero suficiente de este retrato kitsch de J. Si lo menciono aquí es porque tiene importancia en el desenlace de la narración del evento de lectura en voz alta (¿cómo es que no hay una palabra especial para nombrar este tipo de eventos que tanto proliferan? Tal vez para mantenerles la pátina pretenciosa de evento cultural), a la que vuelvo en este punto.

El evento era abierto (afortunadamente el micrófono no), y asistimos los dos por una curiosidad obligada y una obligación curiosa. Como ninguno de los cuatro nombres en el programa nos era familiar, concordamos en que sería una buena oportunidad de expandir nuestras referencias sobre literatura canadiense —un territorio tan grande no podía albergar únicamente a Atwood y a Munro, aunque es posible que fuese demasiado pequeño para las dos; sobre la probabilidad de un duelo a muerte entre ambas, en el que Anne Carson obviamente saldría victoriosa, habrá otra ocasión de escribir—. La moderadora de

la mesa presentó a cada escritor, y luego cada uno leyó uno de sus cuentos en voz alta, muy generosamente de su parte. El ritmo y la entonación de cada uno era distinto, pero podía entenderseles claramente por igual. Uno de estos escritores al parecer había vivido en México “por un tiempo razonable”, y en su cuento relataba la historia de una moneda de diez pesos desde la perspectiva de la propia moneda, la cual, pasando de manos, cambiando de forma, mutando su valor al mismo tiempo que lo mantenía, regresaba a la palma del niño que, primero, la dio en intercambio, pero ahora como un objeto distinto ypreciado que llegaba en el momento más oportuno para él, contado como una variación feliz de aquella parábola sobre el clavo faltante que provocó la caída de un imperio. Los otros dos cuentos no generaron mayor impresión en mí; no logro recordar ni la trama ni los temas, ni siquiera la cadencia de la narración. Como tampoco recuerdo los nombres de los cuentos ni de los autores, la oportunidad de releerlos y modificar mi juicio se ha perdido para toda la eternidad. Pero el cuarto cuento sí lo recuerdo muy vívidamente, con todos sus detalles, y la impresión no ha perdido su lustre en mi mente desde entonces.

*The Framed Picture* era el título del cuento; lo escribió un tal Sam Coppler, del cual nunca he vuelto a saber nada, aun tras varias búsquedas en internet y acervos bibliográficos. La trama, a grandes rasgos, repetía los lugares comunes de la mayoría de la narrativa canadiense: en un hogar de clase media baja, la tensión entre una pareja de casados cuarentones que había perdido la chispa de su relación por culpa de la domesticidad era el drama central del cuento. Había también insinuaciones de adulterio, que nunca pueden faltar en este tipo de relatos. La perspectiva principal era la del esposo, aunque en momentos cruciales la narración cambiaba a la de la esposa, de modo que se formaba una especie de diálogo extraño en el que las partes respondían a preguntas que no escuchaban directamente. Coppler representaba esta prestidigitación narrativa con ligeros cambios de entonación, moviéndose en su silla de un lado a otro dependiendo de quién estuviese hablando; cuando el narrador hablaba su cuerpo se dirigía hacia la audiencia. Aparte de este espectáculo, el cuento no provocó mi curiosidad ni tampoco mi desinterés. Estaba bien escrito, y era lo suficientemente interesante como para escucharlo con atención, mas no con devoción; sin embargo, en los párrafos finales, algo cambió: algo comenzó a moverse, y mis nervios empezaron a vibrar de las puntas hasta el tronco.

Se insinuaba (y este era otro de los grandes trucos narrativos: la ausencia de confirmación brusca de los hechos) que el esposo era en realidad viudo, que los cuarenta eran en realidad ochenta y que esas discusiones maritales en realidad nunca sucedieron, ni siquiera en su memoria, sino que las representaba en su mente como una forma de buscar una respuesta correcta a las peleas con su mujer, meses antes de su fallecimiento por enfermedad hace cuarenta años, a fuerza de pura culpa y un remordimiento que no podría borrarse. En las últimas líneas, el viudo da una vuelta pausada alrededor de la sala de su hogar, enderezando los cuadros inclinados, pasando las puntas de sus dedos por los muebles y limpiando la capa más superficial de polvo en ellos, hasta llegar a un librero donde estaba la fotografía enmarcada del título. La tomaba entre sus dedos manchados de polvo, la acercaba a su rostro y la contemplaba por un rato, y, al hacerlo, los diálogos de su mente, de los cuales trozos aparecían dentro de la narración durante el recorrido por la sala, callaban. Finalmente, miraba por la ventana de la sala hacia la calle, veía nubes moverse con lentitud, descubriendo y tapando y descubriendo y tapando el sol del invierno. Hasta el final, no se mencionó ni una vez el contenido de la fotografía.

Cuando terminó la lectura no alcancé a decir nada. Aplaudí por inercia cuando otros comenzaron. J, siempre jocoso, fingió llorar de emoción; luego, él mismo me confesó que el cuento, en especial el final, lo había conmovido hasta lo más profundo. De cierto modo, era un cuento convencional, incluso cursi, que se salvaba por lo interesante de los juegos narrativos y la vuelta de tuerca que se insinuaba elegantemente, y, sin embargo, una sensación de plenitud recorría todo mi cuerpo. Ahora únicamente logro alcanzar ese estado alterado de conciencia con ayudas externas. Esto era de a de veras.

El evento concluyó sin más contratiempo después de una ronda de preguntas a los autores; y en los años venideros, en nuestras pláticas (que ahora también consisten mayoritariamente de memorias y de silencios) de vez en cuando salía a colación el recuerdo de esa lectura en voz alta. Alguna vez intentamos rastrear a los autores o por lo menos los títulos de los cuentos; incluso llegué a contactar a la profesora organizadora del evento, quien me proporcionó el programa de este, pero nunca logré encontrar ni a Sam Coppler ni *The Framed Picture* por ningún lugar. J hizo lo suyo, también sin éxito. Hasta que, un día, surgió de nuevo el recuerdo del evento y resolvimos el misterio.

Del mismo modo en que, en ciertos sueños que se desprenden de un anhelo insatisfecho, nos encontramos con una persona cercana a nosotros cuyo aspecto en el sueño es completamente distinto al que conocemos y, sin embargo, le reconocemos instantánea e inequívocamente por su porte o algún gesto que delata su identidad; de ese mismo modo, reconocemos una idea, la sintaxis de una oración, el emparejamiento de palabras en una metáfora, la cadencia y el estribillo de una frase en un fragmento que tiene una forma distinta a la que creemos recordar, pero que no puede ser sino el fragmento de nuestra memoria.

Debe existir un nombre para este tipo de autoplagio no intencional: repetimos una idea o construcción que creemos ajena, pero que no tomamos de otra persona, sino de nuestra propia memoria. Hay cosas que hemos leído y no recordamos; hay cosas que no hemos leído nunca, pero que recordamos con honda pasión. Este sería un fenómeno adyacente: recordar una frase que nos conmovió al punto de aprenderla de memoria, pero recordarla mal y tomarla por la construcción original.

Algo similar, pero marcadamente distinto, es la atribución errónea, la cual, por otro lado, no es tanto un delito como un elogio. Elogia a quien la formula y elogia a quien no la dijo. “Somos lo que hacemos constantemente. La excelencia, por tanto, no es un acto, sino un hábito”, escribió Will Durant explicando a Aristóteles. Quien haya leído al filósofo sabrá que la gnómica no es atributo de su estilo; y es evidente al instante que una sentencia reformulada se atribuye falsamente a un original griego cuando esta es sospechosamente placentera al oído. Ese encanto solo ocurre en la profesión de Delfos o por el feliz accidente del tiempo (los presocráticos y los poetas líricos me dan la razón). Aristóteles no habría escrito de ese modo, mas así querríamos que lo hubiera hecho. Y como la frase resume de manera memorable el fundamento de su ética, y es tanto vera como ben trovata, cuando la construcción se atribuye a Aristóteles y no a Durant, la impresión se fortalece en quien la escucha, es cuando la idea adquiere un lustre que, de otro modo, jamás obtendría por mérito propio; con lo cual uno encuentra razonable el que los griegos y los romanos estén en boca de quienes atiborran los gimnasios con sus trípodas para grabarse a sí mismos, pero que nunca estén en sus propias bocas. Así, es probable que lo más memorable sea aquello que otros ponen en nuestra boca, aquello que nunca dijimos, que nunca fue dicho, aquello que nunca ocurrió.

Entonces, después de lamentarnos, nuevamente, de que nunca encontraríamos el cuento para poder releerlo, le comenté a J que la parte más conmovedora seguía siendo el final, cuando el esposo toma la fotografía enmarcada y la contempla por unos instantes. J estaba desconcertado. Él no recordaba un cuento así. Según él, el cuento trataba sobre una mujer que describía un vecindario lleno de vida, policromado por el ruido de niños jugando y personas conversando, donde al final se revelaba que, en realidad, ella era una anciana con Alzheimer y que todo estaba ya dilapidado. El cuento terminaba cuando unos hombres de blanco se la llevaban de su casa, con toda probabilidad hacia un asilo.

Me di cuenta de que nunca le había dicho a J ni el nombre del cuento ni el del autor, al menos los que permanecían en mi memoria, y que él tampoco me había dicho nada a mí. Eran dos cuentos distintos, siempre lo habían sido. Todo este tiempo nos habíamos conmovido por cuentos distintos pensando que eran el mismo. Desde el inicio, desde que empezamos a añorar esa lectura en voz alta y a anhelar saber el título del cuento para releerlo, desde ese punto, nunca confirmamos si nos referíamos al mismo cuento. Eso ya lo asumíamos. ¿Qué otro cuento podía ser sino ese que nos conmovió a los dos, a cada uno? Porque, si nos había conmovido de igual forma, tenía que ser el mismo cuento y no otro. Sin embargo, J no recordaba el cuento que me había conmovido a mí, ni yo el suyo. Aquí es donde el retrato de J adquiere importancia.

Un escritor, un lector de su estatura (J es, además, veinte centímetros más alto que yo y se ufana de tener “plas” al final de cada “mano”), inmenso por clandestino, desconocido por enorme, no podría lograr su eminencia sin una memoria potente y un desenfado frente a su arte. Un lector es alguien que recuerda. Un buen lector es alguien que recuerda bien. Y esa paciencia y esa memoria le han otorgado a J el amenazante poder del cocodrilo y la majestad del elefante (él mismo me dijo alguna vez, después de que yo le hubiese hecho alguna maldad, que los elefantes nunca olvidan ni tampoco perdonan). Su profunda sensibilidad no es la menor entre sus virtudes, y su memoria es el principal ornamento de esta. Si él recuerda un cuento que le conmovió tanto, es porque ese es el cuento que él escucho en ese evento y no otro. De donde saqué yo a Coppler y su fotografía enmarcada, eso no es ya misterio: es un tropezarse con el propio pie, es un morderse la lengua

al recitar, es un chiste repasado con antelación, pero mal contado en el momento crucial. La memoria es una constante traición y el olvido es la única forma de perdón que nos fue concedida. Lo que hemos leído permanece, al menos, como tema de conversación.

Al final, no alcanzamos más que a carcajearnos de todo el asunto. Habiendo resuelto el misterio, lo que quedaba no era nostalgia, sino una anécdota para borracheras. Pero después de que descubrimos nuestra incongruencia, quedó en mi mente una sensación incómoda, como de una palabra que nomás no llega a la punta de la lengua o un estornudo que no se decide a salir. “Creo que esta conversación ya la habíamos tenido antes”, pensé. Es posible que lo que cuento aquí también lo esté recordando mal.